

GUTIÉRREZ DE ALBA, JOSÉ MARÍA (1821 – 1897)

EL INVIERNO EN MADRID

(Historia de dos constipados)

PRIMERA PARTE

I

Era a fines de Octubre.
En las crestas del alto Guadarrama
Ya una grande extensión la nieve cubre;
El viento Norte su hálito derrama
Sobre la áspera arruga del planeta,
Que en una contracción de su envoltura
Se frunció cual se frunce una coqueta
Que, sintiendo eclipsar su poderío,
Algo de su calor guardar procura
Antes que a sus entrañas llegue el frío.

II

En una ancha explanada,
De graníticas moles erizada,
Donde al través de mil generaciones
Nunca el blanco sudario
Alcanzó a derretir del sol la lumbre,
Sobre la enhiesta cumbre
De un gran peñón erguido y solitario,
Que por un lado su dominio extiende
A la ondulosa tierra segoviana
Y por el otro al arenal terciario
Que en sus extensos límites comprende
La capital de la nación hispana;
Bajo una nube de color plomizo
Que entre rayos y truenos despedía
Avalanchas de nieve y de granizo,
Asomó una figura gigantesca,
De aspecto aterrador y faz sombría.
Piel de oso polar eran su manto,

Bajo el cuál convulsivos trepidaban
Sus miembros colosales,
Difundiendo en redor miedo y espanto.
De sus fosas nasales
Poderosas y rápidas corrientes
De helada y densa niebla se escapaban,
Y rechinaban sin cesar sus dientes
Movidos por el frío sempiterno:
Aquel horrible mónstruo era el Invierno,

III

A su voz estridente y poderosa
Acudió la falange numerosa
De sus hijos amados,
Todos de inanición extenuados
Por el forzoso ayuno
A que los obligó con sus calores
El verano importuno:
Los catarros, que en alas de los vientos
Entran como traidores
En los más abrigados aposentos;
Los simples resfriados,
Los duros y tenaces constipados,
Los tercios romadizos
Que afean de las damas los hechizos,
Tornando sus narices y sus labios
De rosado color o blanco mate
En el rojo subido del tomate;
Los morados y fieros sabañones
Que, no contentos con hacer agravios
En las manos y pies a los pacientes,
Que exhalan de dolor amargas quejas,
Alguna vez se ceban inclementes
Con saña singular en las orejas;
Y por último, el grupo innumerable
De horribles pulmonías,
Bronquitis, pleuresías,
Asmas y reumatismos,
Que en serie interminable
Son el tormento de la raza humana,
A quien persiguen con su furia insana
Hasta hundir su existencia en los abismos.

IV

De su inmensa cohorte rodeado,
Por cien coros de toses aclamado,
El Invierno gritó con voz de trueno:
«¡Hijos del alma mía!
Con el mes de Noviembre llega el día
De nuestra dicha y del dolor ajeno.
En esa extensa y árida llanura,
Allá, hacia el Sur, mirad cuál se destaca
La presa que indefensa y bien segura
Nos entregó la dinastía austriaca;
Aquel monarca austero, de alma fría
Y corazón cual páramo desierto,
Que halló en su rencorosa alevosía
El modo de matar después de muerto.
Allí están nuestras víctimas; los años
De lucha, sostenida inútilmente
Con mi aguerrida y valerosa gente,
No han podido formar sus desengaños;
Y cuanto más y más se civilizan,
Van remachando más los eslabones
Conque unidos están a nuestro yugo;
En vano serán ya sus maldiciones,
Pues voluntariamente se esclavizan
Al que ellos llaman su cruel verdugo.»

V

«Los caminos de hierro,
Las costosas y espléndidas moradas
Que en su recinto sin cesar construyen,
Y sus instituciones malhadadas,
Como amarrado a su cadena el perro,
En siervos del dolor los constituyen.
La clase proletaria
Cede a nuestros ataques voluntaria,
Y en su covacha tétrica y sombría,
Por falta de calor y de alimento,
Para librarse pronto del tormento
Recibe con amor la pulmonía.»
«En cambio, el orgulloso
Magnate, en su palacio suntuoso,
Desafiando al cielo y a la tierra,
Todas sus puertas con cristales cierra;

Entre alfombras y pieles perfumadas,
Butacas abrigadas
Y Persianos tapices,
Se resguarda del frío,
Elevando el calor en ocasiones
A la temperatura del estío.
Si, buscando el placer, las diversiones
Le obligan a salir, el coche encuentra;
Baja siempre cubierto y bien tapado
Para no respirar el viento helado...
Pero ¡ay! que mientras sale, o cuando entra,
Por más que al arte en su socorro llama,
Lo hace víctima suya un hijo mío,
Que a herirle sin piedad bajó con brío
Entre el viento sutil del Guadarrama.»

VI

Cuando los combatientes agrupados
Formaban ya compactos pelotones
Dirigidos por jefes denodados,
Llevando como insignia en sus pendones
El dolor y la muerte retratados;
Al ver huir al desabrido Otoño,
Clemente por demás e inofensivo,
Fijolos desde luego el atractivo
De la villa del oso y del madroño.
El Invierno inclemente
La última arenga dirigió a su gente,
Para que en las batallas formidables,
Esgrimiendo sus armas poderosas,
Fuesen con el vencido inexorables.
Movi6 Aquil6n sus alas procelosas,
Las masas se agitaron,
Y de este himno al comp6s todos marcharon.

Himno

Honor al gran Felipe
Que dej6 en nuestra mano
Su cetro de tirano,
Su aliento destructor.
6l fij6 su morada
Donde reina la muerte,

Haciendo de esa suerte
Perpetuo su rencor.

Aires sutiles,
Vientos lijeros
De las quebradas
Y ventisqueros:
Venid, venid,
Y llevadnos propicios
Sobre Madrid.

VII

Cual furioso torrente desbordado
Baja de la alta sierra a la llanura,
Así el feroz ejército, impulsado
Por los vientos del Norte,
Penetró con famélica bravura
En el recinto de la Villa y Corte.
Los bailes, los brillantes coliseos,
Las tertulias de tono,
A donde van efímeras beldades
A cimentar su trono
Sobre ardientes e impúdicos deseos,
Con el seno desnudo,
A despecho del padre o del esposo
Que son, fuera de allí, sostenedores
De la moral, y su mejor escudo
Contra estos tiempos libres, destructores
Del doméstico hogar y su reposo;
Las dementes orgías,
Los sucios lupanares,
Los cafés concurridos y lujosos,
Donde pasan las noches y los días
Centenares de ociosos,
Desventuradas gentes
Sin familia, sin patria y sin hogares,
Respirando un ambiente envenado,
Lleno de emanaciones
Acres y pestilentes,
Casi siempre de oxígeno privado,
Que lleva la opresión a los pulmones;
Todos estos lugares
Fueron sitio estratégico elegido
Por el activo ejército, engreído

En lo fácil, espléndida y notoria
Que fue siempre a sus armas la victoria.

VIII

En la ruda campaña
De aquel Invierno, como todos crudo,
Sufrió y lloró la capital de España
Las desgracias sin cuento
Que no quiso evitar, o que no pudo;
Elevose fastuoso monumento
Al que murió opulento;
Hubo una tosca cruz pobre y sencilla,
O tal vez no hubo nada,
Para el que falleció en una buhardilla
Cual víctima del mundo abandonada;
Y al asomar la alegre Primavera,
Derritiendo la nieve
El aliento de Abril blando y suave,
Quedó en el Guadarrama un manto leve,
Deshecho ya en jirones;
Tocaron retirada las legiones
Del Invierno aterido,
Y los muertos y el susto y los cuidados
Fueron por los vivientes arrojados
En el profundo seno del olvido.

SEGUNDA PARTE

I

Dos de los Constipados más audaces,
Fieros y pertinaces,
Que acababan más tarde su tarea,
Concibieron la idea,
Al llegar a Madrid, de volver juntos,
Después de hacer su respectivo ensayo;
Y se alejaron por diversos puntos,
Dándose cita para el Dos de Mayo,
En el lugar donde Madrid entero
Celebra el patriotismo
Del pueblo generoso
Que prefirió morir con heroísmo

A soportar del pérfido extranjero
El yugo abrumador e ignominioso.

II

Érase una mañana
Envuelta entre perfumes y armonía:
Desde Atocha a la Fuente Castellana
La tropa engalanada se extendía;
Las campanas su fúnebre lamento
Con lenguas de metal daban al viento;
En la iglesia mayor se congregaban
Entre el mundo oficial que presidía,
Los venerables restos que aun guardaban
Recuerdos personales de aquel día
En que la audaz manola y el chispero,
secundando el ardor del artillero,
A la Europa asombrada demostraron
Que un pueblo varonil no se amedrenta,
Y que los que al tirano rechazaron
Sufren la muerte pero no la afrenta.

III

Desfiló luego el fúnebre cortejo
Entre la abigarrada muchedumbre
Que acude por costumbre
A admirar el valor del Madrid viejo,
Y que, si un caso igual sobreviniera,
Hoy, tal vez, asustada,
Débil y afeminada
Por huir del peligro se escondiera.
Tronó el cañón; descargas a porfía
Hizo la infantería,
Pasó la procesión cual todo pasa,
Y una o dos horas antes de la noche,
Todos para la ajena o propia casa
Fuéronse, unos a pie y otros en coche.

IV

Ya espiraba la tarde
Cuando, sentado al pie del obelisco

Que en honor de Daoiz y Velarde
El pueblo de Madrid ha levantado,
Vióse, solo, apoyado sobre un risco,
Un triste y macilento Constipado,
De aspecto miserable y faz sombría,
Que fantástica sombra parecía.
A poco asoma por el lado opuesto
Otro individuo, del primero hermano,
Gordo y rollizo y de agradable gesto,
Que al ver al débil le tendió la mano.

V

-¡Hermano de mi alma!- el flaco grita
Con la voz gutural casi apagada;
Ya creí que mi suerte malhadada
Lejos de este lugar me detuviera,
Sin dejarme acudir a nuestra cita.
¡Dichoso tú que vuelves gordo y bueno
Hacia el paterno hogar! Yo... ¡desdichado!
Estoy de tal manera
Débil y extenuado,
Que no podré llegar aunque quisiera.
-¿Qué te ha pasado? el gordo le replica.
-Que por ser testarudo e impaciente,
Desdeñoso olvidé la gente rica
Y mi tiempo gastó con mala gente.
Escucha, hermano, mi infeliz historia,
Y procura guardarla en tu memoria.

VI

Apenas, al llegar, nos separamos,
Entré por una calle estrecha, umbría,
Donde estaba el taller de un carpintero,
Al ver el poco abrigo que tenía,
Me apoderé del hombre por entero,
Y el infeliz y yo nos abrazamos.
Con fría indiferencia
Mi abrazo recibió; siguió tranquilo;
Trabajó sin cesar, con impaciencia,
Hasta sudar el quilo,
Y yo, al cabo de un mes, viendo mi trama
Inútil y deshecha,

Pues en tan larga fecha
Ni un sólo día se quedó en la cama,
Me aparté de él mohino y cabizbajo,
Perdiendo así mi tiempo y mi trabajo.

VII

Como salí de allí con tanta prisa
Por hallar fácilmente otro acomodo,
Vi un albañil en mangas de camisa
Y de él me apoderé de todo en todo.
Tampoco el albañil me tomó en serio;
Siguió con sus tareas,
Y a no ser porque a veces
Con ademanes torpes y soeces
Y palabras muy feas
Solía dirigirme un impropio,
En nada revelaba el desdichado
Llevar en su interior un constipado

VIII

Una de esas mañanas
Frías, desapacibles y angustiosas
En que de nuestro padre el soplo fiero
Doblaba las escarchas de Febrero,
Después de tres semanas,
Para mí cuanto estériles, penosas,
Subió el pobre albañil helado y yerto
A un andamio elevado
Que daba frente al tremebundo puerto;
Allí, tras de una tos y un estornudo
Que lo dejó del todo trastornado,
Se quiso sostener, pero no pudo,
Y exclamando: ¡Dios mío!
Dejó volar su cuerpo en el vacío,
Y cayendo entre escombros, quedó muerto.

IX

Del cadáver huí precipitado;
Y a pesar de tener naturaleza
Propia de constipado,

Sentí también un frío penetrante.
Con la mayor presteza
Seguí siempre adelante;
Hallé al paso la fragua de un herrero,
Donde un cíclope altivo, de dos ojos,
Sobre un hierro candente machacaba.
El infeliz sudaba,
Mientras con golpe rápido y certero
Hacía desprender chispazos rojos
Del hierro incandescente.
A pesar de lo mucho que sudaba,
A la puerta salió desprevenido;
Yo le enfrió el sudor, y prontamente
Lo dejé a mi influencia sometido.

X

El despiadado herrero,
igual que el albañil y el carpintero,
De mí no se cuidó poco ni mucho;
Por meterlo en la cama
Una vez y otra vez en vano lucho;
De la fragua el calor me desespera
Cuando no con el humo, con la llama;
Y aunque tose mil veces y estornuda,
Su trabajo no altera,
Y sigue machacando, y suda, y suda...
Hasta que, viendo que el sudor me ahogaba,
En la víspera ya de nuestra cita,
Aunque cansado y débil me encontraba,
Salí de aquella casa tan maldita.

XI

-¡Desventurado hermano! -exclamó el gordo;
Todo el que loco en su interés no piensa,
Y a sus justos clamores se hace sordo,
Suele alcanzar la misma recompensa.
Yo también pude acomodarme presto
Con la gente ruin que me encontraba,
Mas preferí buscar un alto puesto;
Y como todo el que a medrar se aplica,
En dos días hallé lo que buscaba.
A la Plaza de Oriente,

Donde suele vivir gente muy rica,
Encaminé mis pasos diligente.
A un cuarto principal subí ligero,
Después de averiguar por el portero
Que en él un buen canónigo vivía,
Rollizo y colorado,
Por dos santas mujeres muy cuidado.
Busqué al punto la alcoba en que dormía
Y planté junto al lecho mis reales,
Confiado en que acaso la fortuna,
Pocas veces propicia a los mortales,
A mi anheloso afán presentaría
Ocasión oportuna
Para, salvo el respeto a la corona,
Entrar en posesión de su persona.

XII

Así el tiempo pasaba,
Y nunca el buen señor se descuidaba:
Con doble o triple abrigo
Lo hallaba al acostarse y levantarse;
Difícil era entrar por ningún lado.
Yo estaba ya cansado
De aguardar y aguardar inútilmente...
Otro llegara ya a desesperarse;
Pero yo eché mis cuentas bien conmigo
Y sufrido y paciente
Esperé con cachaza,
Recordando el refrán tan elocuente
De que aquél que porfía mata caza.

XIII

Una mañana... entraba la doncella
A llevarle a la cama el chocolate;
La muchacha era joven, limpia y bella
Y de pudor el corazón le late.
Al dar con humildad los buenos días,
El señor se incorpora
A recibir la taza de su mano,
Diciendo: -Ya pensé que no venías,
¿Es muy tarde? -Señor, aún es temprano
Y esta noche ha caído mucha escarcha.

-Entonces, hija mía, al punto marcha
-Y trae una bayeta bien caliente
Que me abrigue los pies, y me la pones,
A ver si se me van los sabañones.

XIV

La muchacha azorada
Llegó con la bayeta de puntillas,
Mientras él apuraba el refrigerio
Del rico soconusco y la ensaimada;
La ropa levantó con gran misterio...
Pero al pobre señor le hizo cosquillas,
Dio un salto, se cayó la cobertera...
Y yo, aquella ocasión aprovechando,
Con él al punto me metí en el lecho,
Mientras la chica se escapó ligera,
Exclamando con risa: -¡Buen provecho!

XV

Apenas el canónigo panzudo
Dio el primer estornudo,
Gritó desesperado:
-¡Sea todo por Dios! ¡Qué aciago día!
¡Al fin me he constipado
Tal vez por culpa de ella... o por la mía!
Aquella misma tarde
Llegó el médico a verlo con premura,
Y haciendo vano alarde
De extraño tecnicismo,
Declaró que tenía calentura
Y le mandó aplicar un sinapismo.

XVI

Por más de cuatro meses el cuitado
Del todo se entregó a la medicina,
Y yo estuve con él muy regalado
Con pavo, con jamón y con gallina.
Para excitar del padre el apetito
Llevaban siempre vino generoso,
Y como era también algo goloso,

Un dulce de las monjas exquisito.
Ya, concluyendo Abril, el lecho blando
Dejó, para seguir entre vidrieras,
En mi sólo pensando;
Y cuando ya las auras placenteras,
Envolviendo purísimos aromas,
Entraron con calor por sus balcones,
Huyeron los molestos sabañones,
Y yo con pena grave e infinita
Lo dejé, recordando nuestra cita.

XVII

Y esto diciendo, a su infeliz hermano
Tomó con gran cariño de la mano
Para poder llegar a su destino.
Ayudándole siempre en el camino
La jornada emprendieron,
Y al cabo de Madrid se despidieron
Como suelen hacer los pretendientes:
Unos llenos de gozo y sonrientes,
Cuando llevan jamón, gallina y pavo,
Otros alicaídos,
Cuando, tras de un trabajo infructuoso,
Su esperanza y su tiempo ven perdidos,
Y el madroño y el oso,
De que fueron imbéciles esclavos,
Les arrancan los últimos ochavos.

Alcalá de Guadaira, 31 de Diciembre de 1888.